

## SAN MARTÍN Y LA FRANCIA.—LAS ESCUELAS

En tiempo de San Gregorio I había ya otra nación floreciente y poderosa, que tenía sus obispos, sus monjes, sus santos y sus reyes, y su nombre figuraba ya en el mundo cristiano, porque era un nombre magnífico, pues se llamaba la Hija primogénita de la Iglesia. Todavía no ha renegado de ese glorioso nombre, á pesar de las terribles y extraordinarias vicisitudes por que ha pasado, y continúa siendo la Hija de la Hija mayor de la Iglesia y su soldado fiel y constante. Esa nación es la Francia, la cual tuvo un San Martín, un Clodoveo, un Carlomagno y un San Luis, y además tendría otros grandes guerreros, estadistas, sabios y hombres religiosos, que, sin luchar á favor de la Iglesia tanto como hubieran debido hacerlo, aspirarían y querrían su triunfo y su gloria, y, áun combatiendo contra ella, se verían, sin embargo, condenados á verla sacar algún provecho de sus trabajos y de sus concepciones literarias. Es notorio que ninguna gran herejía ha nacido en Francia, ni pudo echar raíces en ella, ni obtuvo un triunfo completo y de larga duración, y también lo es que fué combatida con más constancia que en otras partes.

San Martín, discípulo de San Hilario, primero soldado, después monje y, por fin, obispo de Tours, fué el gran conquistador religioso de las Galias, y las tomó con su propia mano, que

la práctica heroica de todas las virtudes había armado y enriquecido de milagros, y las condujo á Jesucristo; y su sepulcro fué una fortaleza desde la cual guarda él su conquista contra todas las invasiones y asaltos de la barbarie ulterior. Él es el verdadero fundador de la nacionalidad y el padre y poderoso defensor de la civilización cristiana. La Francia se acuerda de él, y él se acuerda de la Francia; quince siglos pasados desde que bajó al sepulcro no han podido borrar su memoria entre nosotros ni su ternura para con nosotros. Los católicos de Francia no pertenecen á esta barbarie moderna que nos rodea y que ha venido después de todas aquellas barbaries de que nos libró el santo. Semejante barbarie pesa sobre nosotros estos días, y parece habernos vencido; pero no ha podido obligarnos á aceptar sus negaciones, sus apostasías, su ingratitud, ni la influencia y corrupción pagana de sus costumbres. San Martín de los francos, San Martín *de la Guerra*, como le llamaba su pueblo, no nos abandonará.

Cuando la elección del pueblo cristiano le colocó, contra su voluntad, en la silla de Tours, el año 372, solamente eran cristianas las ciudades de la Galia, y casi todo el resto de ella pertenecía aún á la idolatría, de cuyo degradante error triunfó él en veinte años de milagros, de los que nosotros tenemos el testimonio contemporáneo escrito y casi publicado cuando aún vivía él. Al soplo y virtud de su oración cayeron todos los templos y los ídolos, se arrancaron los bosques sagrados, y la fama de sus

obras le multiplicaba y le reputaba presente y obrando más afuera de los límites de su diócesis y de sus excursiones apostólicas. Cuando murió, á la edad de ochenta y un años, el 8 de Noviembre del 397, la Galia se había convertido é iba á nacer la Francia cristiana. Es difícil, pero puede contestarse á los relatos de Sulpicio Severo y de Gregorio de Tours. Puede negarse que la simple palabra y el solo gesto de un hombre hayan bastado para curar á los enfermos y para resucitar los muertos; pero es necesario admitir el milagro de la conversión completa de toda la Galia en veintitres años, ó, de lo contrario, hay que explicar cómo pudo tener lugar sin milagros y sin ejército.

En virtud de esta conversión se prepara y se realiza con admirable rapidez la fusión de los galos y de los francos. En ménos de ochenta años después de la muerte de San Martín, Clodoveo, todavía pagano, permitió que se bautizaran sus hijos; y cuando él mismo pidió el bautismo, quiso recibirle, no en la catedral de Reims, sino en una humilde iglesia del barrio dedicado á San Martín, declarando de esa manera que el apóstol de los galos era también el verdadero apóstol de los francos.

Cinco barbaries atacaron la fe de los galos convertidos antes de que llegasen á su admirable virilidad y desarrollo: la barbarie pagana, la arriana, la musulmana, la normanda y la intelectual. Martín desafió y destruyó por sí mismo la barbarie pagana, y después de muerto, presidió el combate librado contra las otras, saliendo también victorioso. Clodoveo, después de

bautizado, decía: «Yo no puedo tolerar que estos arrianos posean una parte de las Galias.» No quiso emprender la guerra contra los visigodos sin haber antes obtenido la protección de San Martín; y cuando sus comisionados entraron en la basilica

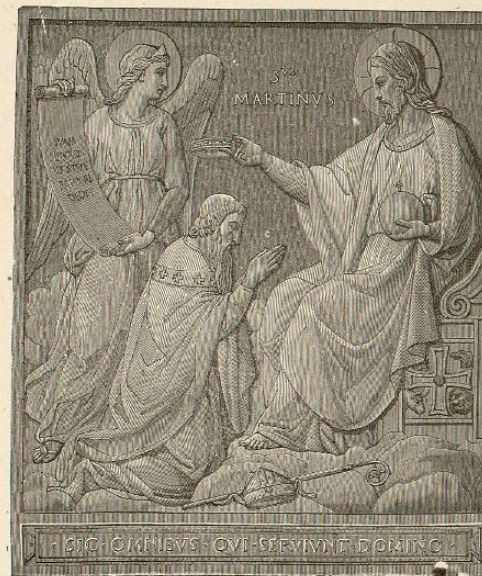


Lámina 129.—Jesus sobre su trono corona á San Martín, uno de los apóstoles más esclarecidos de Francia, que se desprendió de la mitad de su capa para cubrir á un pobre. «Así sucederá á los que sirven al Señor.»—Fresco de Orsel, en la iglesia de Oullins, cerca de Lyon, de este siglo.

de Tours llevando sus ofrendas, oyeron el salmo: «Señor, Vos me habéis investido de valor para la guerra, y habéis puesto en retirada mis enemigos.» Algunos días después estaba ya Clodoveo en Vouillé aplastando á los visigodos y los arrojaba de casi

toda la Galia; y, vencedor, entró después en Tours y ofreció sobre el sepulcro de San Martín los presentes más magníficos, proclamando solemnemente que debía la victoria al santo. Entonces fué cuando quiso ser proclamado allí cónsul y agosto, y tomó la corona, uniendo así la legitimidad política á la consagración religiosa que había recibido con el bautismo en otra iglesia de San Martín, y allí fué también donde fundó la unidad política de la nación francesa. La barbarie arriana quedaba, pues, vencida y la Francia principiaba. Este astro atrevido avanzaba en su carrera para regocijar á la Iglesia é imponer el respeto y la admiración á todo el mundo.

Después vino el temible asalto de la barbarie musulmana, que pasó los Pirineos y se apoderó y saqueó el Mediodía de Francia. Carlos Martel empuñó la bandera de San Martín y encontró al enemigo en los páramos de Miré, desde donde se ve Tours y la basílica. Dió principio á una batalla de diez días que le condujo á Poitiers, en donde destruyó trescientos mil musulmanes, con cuya gloriosa victoria salvó á la Europa y preparó el advenimiento de Carlo-Magno.

Al siglo siguiente se presentan los normandos, triunfan, y, victoriosos, son ellos mismos vencidos y prontamente conquistados por esta fe de Martín, que no puede arrebatarse á la Francia. Los normandos tomaron por patrón á San Martín, con cuyas reliquias habían sido vencidos en Tours. Sobre el campo de batalla de Hastings elevó Guillermo el Conquistador el monas-

terio de San Martín de la Guerra, y le llenó de monjes llamados de Marmoutiers, y el convento se llamó de San Martín.

Era Marmoutiers la fuente profunda de la vida intelectual, y se extendía por toda la Francia y una gran parte de Europa. Durante su vida, Martín fundó monasterios y levantó faros y fortalezas contra la barbarie en Milán, en Ligugé, en Tréveris, en Tulle y en Autun. Marmoutiers, en donde él residía, llegó á ser el mayor, el más célebre, y un semillero de santos, de sabios, de obispos y de fundadores de pueblos. De Marmoutiers salió la primera escuela pública de Francia, y fué fundada en Tours, el siglo VIII, en la colegiata de San Martín, siendo dicha escuela la madre de la universidad de París; de manera que se debe también á San Martín la primera forma y plan de enseñanza pública en Francia. Era gratuita, sin gravamen alguno, y á nadie costaba nada más que á los maestros. La enseñanza de San Martín era de tal naturaleza, que el que la recibía, no sólo permanecía cristiano, sino que se hacía todavía más cristiano; era la enseñanza en virtud de la cual se conoce á Dios y todos los deberes que tenemos para con Él, para con el prójimo y para con nosotros mismos; era la enseñanza de la caridad, de la libertad, de la dignidad, y la única que hace al hombre digno de respeto ante sus semejantes y que le hace respetable á sus mismos ojos.

Bien pronto el pueblo bautizado irá á implorar el auxilio de San Martín para que le defienda contra las cinco barbaries que

él había combatido, y que hoy se han concentrado más soberbias y envenenadas en la barbarie revolucionaria.

La Iglesia es una maestra de escuela. *Docete*, enseñad, fué la última palabra que Jesucristo dijo á los Apóstoles, y la regla que todos los Papas han dado á sus enviados, y la misión que cumplen á su vez todos los obispos. «Pero no hay Iglesias, dice Joly (*Tratado de las escuelas parroquiales*), que hayan perseverado en la observancia de esta misión tan fieles como las Iglesias de Francia, las cuales han servido de ejemplo á los países extranjeros.» Entre las escuelas de Martín, diseminadas por toda la superficie de las Galias y fundadas ó restablecidas por él ó por sus discípulos, nos limitaremos á citar las de Tours, Ligugé, Lerins, Marmoutiers, Troyes, Lyon, Arlés, San Víctor de Marsella, Reims, Viena en el Delfinado, Rouen y, finalmente, París. Estas fuentes de agua viva regaban el árbol naciente de la Francia bautizada.

Á las escuelas de los monasterios se juntaban las episcopales, y en éstas discípulos, cuya sonrisa infantil se cambiaba en una admirable gravedad, rodeaban á un venerable anciano, cuya gravedad se convertía á su vez en angelical alegría. En ellas el niño se hacía hombre, y el hombre tomaba la inocencia del niño; en la flor se veía el fruto, y en el fruto se descubría la flor. Cada uno de estos tiernos niños, con su pequeño libro en la mano, se aproximaba sucesivamente al venerable anciano, hacía la señal de la cruz y pronunciaba, después de graciosas

dudas, el nombre de las letras que el anciano le apuntaba con su dedo. El anciano, este maestro de instrucción primaria que enseñaba á los niños el alfabeto, era un obispo católico; era San Cesáreo, arzobispo de Arlés, enseñando el alfabeto; era San Didiero, obispo de Viena en el Delfinado, enseñando él mismo la gramática; eran Fulberto, obispo de Chartres, Leidrard, arzobispo de Lyon, y otros muchos obispos que sería muy largo enumerar.

Según Mr. Guizot, bajo la primera raza se contaban solamente en Neustria más de veinte escuelas monásticas y episcopales, y la conversión de Clodoveo dió más ensanche á este ardor y celo por enseñar. El mismo Clodoveo funda una escuela en su palacio, y desde el siglo V al VIII, dice Felipe Lebas, se llenó la Francia de escuelas sostenidas por el clero.

«Dejad que vengan á mí los niños, había dicho Jesucristo. Enseñad á toda criatura y bautizadla.» Puede decirse que en esas dos palabras del Salvador estaba encerrado todo el porvenir del mundo. Ellas por sí mismas hubieran sacado la civilización del abismo en que se encontraba, ó, por mejor decir, la hubieran creado de la nada, y eso es precisamente lo que han hecho. Mas, para ejecutar y cumplir el programa divino de enseñanza, era necesario ese incomparable y celestial obrero de la Iglesia católica, y que la omnipotente mano que ha instituido la Iglesia la sostenga contra todos los enemigos encarnizados que rehusarán sus beneficios y sus luces.

La existencia de la Iglesia es un milagro permanente, y visiblemente ella es la fuerza que lo sostiene todo y á todo lo da vida. Ya hemos visto su acción sobre algunos puntos; pero en ninguno es tan notoria y evidente como en la abnegación constante, humilde y oscura, con la que, en todos los tiempos y en todos los pueblos y países, se ha consagrado á la obra penosa y frecuentemente ingrata de educar la juventud y la niñez. En eso se ha ocupado siempre; todos los días ha encontrado hombres con vocación para eso mismo, y, al hacerlo, ella principiaba todo, lo conservaba y lo acababa todo.

La Iglesia es una madre, y, por lo mismo que es madre, es la mejor institutriz y maestra de escuela. Ella cuida y enseña, y jamás cesa ni cesará de enseñar. Como reina, podrá alguna vez dejarse arrebatar el trono; pero, como madre, jamás abandonará la escuela. Despreciando todos los peligros y bajo todos los disfraces y engaños con que se pretenderá atarla y ponerla trabas, continuará siempre enseñando el arte y la ciencia de servir, de conocer y de amar á Dios, y por ese camino tan legítimo, tan noble y tan laudable recuperará el gobierno del mundo. Enseñará mientras duren las persecuciones de la civilización y las persecuciones de la barbarie, las cuales se ponen frecuentemente de acuerdo y son muy semejantes para inferirla los mismos insultos y darla los mismos golpes. Enseñará durante la paz y durante la guerra, y tendrá siempre hombres para marchar con los pies descalzos á todos los remotos países, llegar á los pue-

blos salvajes, vivir entre ellos y en medio de ellos, sufrir allí un destierro interminable, y morir ilustrándolos y alumbrándolos con el nombre de Jesucristo.

Hay en esa obra una cosa que la Iglesia no abandonará jamás, y es el cuidado de los pobres y de los desgraciados; y todo lo que ella ha hecho bajo ese concepto podrán callarlo sus enemigos, pero jamás ignorarlo, porque ven con evidencia la inagotable fecundidad de sus obras de caridad. La Iglesia ha fundado siempre hospitales, guiada del mismo espíritu con que establecía escuelas; y no solamente cada siglo, sino cada año está señalado con algunas de sus nuevas fundaciones y nuevas creaciones. Nuestro siglo ha dado también un glorioso contingente, mayor quizá que los que le han precedido; y por eso se ve también que la familia cristiana establecida sobre la tierra puede sentir alguna vez disminuirse el número y brillo de sus luces, pero jamás la eficacia de sus virtudes. La multitud de escuelas, sobre todo en Francia, en el siglo VIII era como la vanguardia de Carlo-Magno, y esa vanguardia fué la que le descubrió un pueblo y un ejército.

## CARLO-MAGNO

El mundo y casi la Iglesia misma no se figuraban que hubiese desaparecido el imperio de Occidente. Á pesar de Roma y de Bizancio, la humanidad entreveía en el imperio una insti-